

Souto y Montemayor: Memoria de maestros distantes

Vicente Francisco Torres

A medio camino entre la crónica y la remembranza, Vicente Francisco Torres nos ofrece las semblanzas de dos maestros entrañables: Arturo Souto Alabarce y el poeta y novelista recientemente fallecido Carlos Montemayor.

Asistí a dos foros de muy diversa índole: en el primero, la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, recordó el papel fundador de Carlos Montemayor en esa institución; en el segundo, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM celebró los ochenta años de edad del maestro Arturo Souto Alabarce. Más que análisis formales de sus obras preferí entregar estos recuerdos personales que guardo de ambos escritores.

ARTURO SOUTO ALABARCE

Acudo a este homenaje para celebrar no sólo al maestro sino, ante todo, al hombre y al escritor, en el entendido de que formó parte de un grupo —qué más quisiera yo que nos pudiésemos aplicar la comprometedor palabra “generación”— que mantuvo una cercanía con sus profesores, misma que lindaba con lo afectivo y la camaradería. Vean ustedes si miento: una mañana me preguntó una compañera de trabajo si había sido alumno de un maestro que se llamaba César Rodríguez Chicharro. Respondí que sí, pregunté por qué y Margarita

Ávila me dijo que una amiga suya estaba internada en Cardiología y había visto al profesor que convalecía solitario, sin visitas.

Fui a Cardiología y, cuando entré a la habitación, Chicharro miraba pensativo por la ventana. Ante el inesperado saludo el maestro se volvió ya no digamos sorprendido, sino molesto ante la presencia de un intruso, y lo primero que hizo fue preguntarme quién me había dicho que él estaba allí. Yo le dije alguna estupidez sobre el destino y el azar y él empezó a apaciguarse. Tenía metidas las manos en las bolsas de una bata verde y no dejaba de mirar por la ventana mientras se iba relajando. Yo no entendía su actitud porque varios compañeros sabíamos que él le había dado una llave de su departamento a Vicente Quirarte por si un día no daba señales de vida. Ahora que invoco a mi tocayo quiero rogarles que imaginen un salón en el que estábamos sentados, en la primera mitad de los años setenta, además de Quirarte —él contaba doble, no sólo por su talento, sino por su tamaño—, Agustín Ramos, Jaime Avilés, Mario Calderón, Luis Zapata, Ethel Krauze, Rosina Conde, Rogelio Carbajal, José Francisco Conde Ortega, el pintor Erasto León Zurita (que



Arturo Souto Alabarce

tuvo una breve vida, pero le alcanzó para que su obra sea hoy bien cotizada), el actual diplomático Alejandro Pescador, Héctor Carreto y Carlos Chimal, entre los que recuerdo.

Chicharro logró salir del hospital, pero falleció unos cuantos días después.

Siempre estuvimos cerca de nuestros maestros. Unos fueron afectuosos y protectores, como José Antonio Muciño, Jaime Erasto Cortés o Dolores Bravo, y otros terribles, como Huberto Batis, a quien nunca he podido expresar mi gratitud frente a frente pero aquí digo que, sin su magisterio, mi vida habría sido distinta. Juzguen ustedes si no es así. En uno de sus cursos dio una orden, que era al mismo tiempo un sondeo de nuestra ignorancia. Dijo: quiero que me den el nombre de un escritor mexicano contemporáneo cuya obra conozcan bien. No preguntó si conocíamos completa la obra de algún escritor mexicano contemporáneo; daba por hecho que así era pues nuestro grupo se había reducido a los pocos que habíamos resistido diversas pruebas. Caminó en medio de las dos secciones de asientos, de adelante hacia atrás: uno dijo Sergio Galindo, otro Juan García Ponce, y yo, inocentemente, mencioné a José Revueltas. Batis regresó al frente, sacó su agenda y fue dictando, a cada uno de nosotros, los teléfonos de los autores mencionados. Con su habitual suficiencia dio una

instrucción general: van a llamarles de mi parte y les dicen que, como vamos a crear una revista, necesitan hacerles una entrevista. Y ahí me tienen perplejo, con el número de Revueltas en la mano, pensando qué va a decir este gran escritor cuando le diga un muchacho desconocido que lo quiere entrevistar nada más porque dice Batis. Total que llamé y me dijo Revueltas, con su voz rasposa, que claro que sí me recibía y que cómo estaba Huberto. Allá fui, a su departamento que estaba frente al cine Las Américas, en Insurgentes Sur, cargando una grabadora que de tan enorme parecía consola. Revueltas estaba en la sobremesa, bebiendo vino y me convidó una copa. Con su enorme generosidad se puso a platicar y unas copas después le recordé la entrevista. Me dijo que mejor mañana, porque ya estaba cansado. Al otro día se repitió la misma historia y creo que así me hice alcohólico. Total, que a la tercera me dijo que no le diéramos más largas e hiciéramos la entrevista. Achispado como estaba, y dirigiéndose a menudo a su joven esposa, Emma Barrón, respondió como un iluminado, como un profeta que agitaba sus brazos y su larga cabellera entrecana. Ésa fue la primera entrevista que hice en mi vida.

Con el maestro Souto, a lo largo de la licenciatura y la maestría, tomé varios cursos. Su voz era apagada, pausada como la de Ernesto Mejía Sánchez, otro maestro que no tenía demasiadas luces sobre su persona pero que, los años, las lecturas y las declaraciones de Augusto Monterroso lograron que tuviésemos una imagen más completa de su importancia intelectual. Arturo Souto caminaba por los pasillos y entraba a los salones con pasos cortos y apagados. Sus clases casi eran en voz baja y uno tenía que fijarse en el movimiento de sus labios para comprender cabalmente. Yo paseaba la mirada entre su rostro incólume y su mano derecha, siempre posada sobre el escritorio, con sus dedos de pianista y un anillo de oro, como una medalla, que resplandecía en el meñique. Era poco comunicativo y, cuando se retiraba, los alumnos comentábamos lo que se decía de él, que era un gran cuentista, que había escrito un libro extraordinario, cuyo nombre, ya mítico, era *La plaga del crisantemo*, agotado hacía tiempo pero que él se negaba a reeditar.

Así quedaron las cosas y, en la primera mitad de los ochenta, me propuse la escritura de una tesis que involucraba la música popular y la narrativa latinoamericana. Le pedí a José Luis González que me amparara como asesor frente a un comité que no creía que se pudiera escribir semejante mamarracho. No están ustedes para saberlo, pero cuando los integrantes de la *Fania All Stars*, como Willie Colón, Héctor Lavoe y Cheo Feliciano venían a México, invariablemente llamaban al maestro pues no sólo admiraban su narrativa intensamente boicrica, sino conocían bien su abierta actitud indepen-

dentista. Él solía decir que le encantaría ser el primer salsero de la narrativa latinoamericana.

Por este tiempo José Luis González se enfermó y yo lo iba a ver para que firmara los avances de mi trabajo. Platicábamos y me pedía que le sacara una silla para sentarse a fumar, pues a su esposa no le gustaba que fumara dentro de la casa. Su enfermedad siguió avanzando y le dio cáncer en una oreja. Por aquellos días le hice una entrevista que salió en el suplemento “Sábado”, de *uno-másuno* y la ilustró el dibujante Erodías. Este artista tuvo un detalle que todavía hoy sigo sin entender. Un día me llamó y dijo que tenía los retratos que había hecho para mis entrevistas. Le respondí que no tenía dinero para comprar y él afirmó sin compasión que eso ya lo sabía, que me estaba hablando porque me los quería regalar.

Unos días después fui a ver a José Luis González y le saqué su silla para que fumara. Entre una bocanada y otra me preguntó cómo podría adquirir su retrato de “Sábado”. Como quien ve llover le pregunté si le interesaba su retrato y él respondió con la última broma, o autobroma, que le escuché en la vida: sí lo quiero, porque allí todavía se ve la oreja que me van a cortar.

Total, que no paró sólo en la oreja y José Luis González me dejó académicamente huérfano. Y ahora, quién podrá ayudarme, pensé. Quizás el maestro Souto, que era vecino del gran boricua, pero no imaginaba a aquel profesor impávido moviendo sus pies al ritmo de *Songo le dio a Borondongo, Borondongo le dio a Bernabé*. Como era cosa de vida o muerte universitaria, busqué al maestro Souto y, quizá recordando su amistad con el narrador puertorriqueño no sólo me dijo que sí me adoptaba, sino que le parecía bien lo que había hecho, que le parecía bien que se hicieran a un lado las togas almidonadas y se dejara entrar aire fresco en la academia. En ese momento me di cuenta de su calidad humana, porque suscribía un texto que estaba muy lejano de la literatura que él enseñaba, que estaba haciendo un gran esfuerzo para apoyar una aventura intelectual incierta pero que, por el simple hecho de ser una apuesta novedosa, la aceptaba. Lo menos que pude hacer, cuando aquel trabajo se hizo libro, fue dedicárselo a él, a José Luis González y a dos amigos entrañables: Pepe Gordon e Ignacio Solares.

Dije arriba que aquel grupo de muchachos que se vio las caras en el turno matutino de esta Facultad de Filosofía y Letras y se dispersó a las clases nocturnas por razones de trabajo, mantuvo una cordial cercanía con sus profesores. Una prueba de esto fue que Vicente Quirarte, en 1997, cuando estaba al frente de las publicaciones de nuestra *Alma Mater* logró que el maestro Souto Alabarce accediera a la reedición de *La plaga del crisantemo*, aumentada y con el título de *Coyote trece y otras historias*. Con ese hermoso volumen en las manos el mito se hizo realidad. Ese libro redondo y perfecto,

sonoro porque resiste su lectura completa en voz alta, volvió al camino. Muchos lo pudimos leer y conservar, pedirlo en nuestros cursos de literatura para colocarlo junto a las obras de Rulfo, María Luisa Bombal y Josefina Vicens. No es cumplido circunstancial lo que digo, porque la autocrítica feroz lo acerca a Rulfo, y la parquedad y la pulcritud lo asocian con las dos escritoras mencionadas. Con el unigénito de Souto Alabarce nos llegan aires de la narrativa criollista latinoamericana, los paisajes de América en que vivió como niño refugiado, el trópico y el desierto, los estrujados corazones de los señalados de Dios, pero también el ámbito misterioso de los mandarines, la sensualidad caribeña y la historia alucinada, tal como vemos en el cuento de los caimanes.

La noche en que escribí reverentemente sobre *Coyote trece y otras historias* había cerrado un círculo. La imagen del profesor parco se iluminaba con el aura del mito. Las voces de los pasillos se hicieron carne y papel; tenían razón: Arturo Souto Alabarce sí era un gran cuentista, pero también un hombre generoso. Aquí se acaba el equívoco que separa al profesor del creador y, este logro, querido maestro, bien vale un homenaje.

CARLOS MONTEMAYOR

“La suerte pasa por enfrente y, si uno tiene con qué, la agarra; de lo contrario, la fortuna sigue de largo”. Este adagio ha resonado en mi cabeza durante los recientes días en que he releído la obra de Carlos Montemayor. Aunque sé que el verdadero conocimiento de un hombre como Carlos se da por medio de su obra, en un homenaje como el que nos congrega deseo contar por qué la figura de Montemayor trajo a mi mente el dicho precitado.

Transcurría el año 1979 y yo me ganaba la vida enseñando a leer y a escribir a niños de una escuela primaria de La Merced. Había terminado mi licenciatura en Letras y, como el hambre arreciaba, tenía urgencia de cambiar de empleo. Se estaba echando a andar la Universidad Pedagógica Nacional y se abrió un concurso de oposición para contratar profesores. Organicé los documentos y me presenté en unas oficinas que la Secretaría de Educación Pública tenía cerca del Conservatorio Nacional, en Polanco. Como ustedes se imaginarán, entre el jurado evaluador estaba Carlos, ya que nuestras habilidades docentes las revisaba el profesor Arquímedes Caballero.

La noche que tocó el turno de evaluar mis conocimientos, Carlos empezó a preguntar sobre la literatura de los Siglos de Oro y otros temas que yo tenía frescos pues estaba recién egresado de la Facultad. Pero llegó un momento en que Montemayor se salió de la carretera y me preguntó si conocía la obra de William Faulkner. Como yo había escrito una tesis sobre José Revueltas y

uno de los pretextos que se habían utilizado para descalificar su obra era la supuesta influencia del norteamericano, paré la trompa con suficiencia y le dije a Montemayor que claro que sí había leído al autor de *Santuario*. Fue el único instante en que vi una pequeña emoción en su rostro, que había permanecido impasible, incluso cuando me preguntó qué libros había leído después de terminar la carrera y por los nervios no los pude recordar. Le dije que en mi *curriculum*, que él tenía sobre la mesa, estaban los artículos con que ya empezaba a completar mis magros ingresos de profesor, que los papeles daban cuenta de mis lecturas. Sin embargo, Carlos no se molestó en tomar siquiera los papeles y siguió preguntando.

Empezó el tanteo sobre la persona y la obra de Faulkner. Yo me defendía en un rincón del *ring* y Carlos preguntaba sin dar muestra de la calidad o defecto de las respuestas. En esas estábamos cuando se fue la luz, y como entonces no le podían echar la culpa al Sindicato Mexicano de Electricistas de todos los males del país, fue preciso retirarnos, no sin que antes escuchara a Carlos decirme desde las tinieblas: “Tráigame mañana un trabajo sobre la obra de William Faulkner”.

Salí a la calle a esperar mi democrático camión y me tocó ver a Carlos que salía del edificio, lo recuerdo muy bien, con chofer y vehículo que llevaba las iniciales de

la regencia del Distrito Federal. “Así serás bueno, pensé”. Pero la verdad es que le dije más feo, aunque ya no me acuerdo de aquellas palabras porque la luz seguía sin regresar.

Naturalmente que me gané una de aquellas plazas, porque tenía veinticinco años y a esa edad uno puede pasarse la noche sin dormir con tal de preparar un texto en que le va la vida.

Pasaron más de diez años y, un día, en un congreso de Ciudad Juárez, coincidí con Montemayor, entre amigos como Gerardo Cornejo (fundador y rector de El Colegio de Sonora), Jesús Gardea (que echó a andar el Premio José Fuentes Mares), nuestro Severino Salazar y otros escritores como Ricardo Elizondo. Al calor de los jaiboles le recordé a Carlos el modo en que lo conocí. Él, sorprendido, se hizo para atrás, levantó los brazos y la voz y dijo: ¡Pero seguro te aprobé! Cuando moví afirmativamente la cabeza soltó una carcajada y me pasó un brazo sobre la espalda.

Los años siguieron pasando y de vez en cuando volvía a coincidir con Carlos, siempre en el norte y siempre entre jaiboles. La última vez lo vi hace tres años, en Ciudad Juárez, y se repitió la misma historia: cada que nos encontrábamos, me pasaba un brazo por la espalda y contaba a los colegas que estuvieran cerca la manera en que nos habíamos conocido.

Hoy que tengo todavía más años encima sé por qué en aquel examen Carlos me hizo aquella pregunta tan a bocajarro, tan distante de lo que necesitaba saber un profesor que iba a enseñar Redacción. La razón es que él acababa de realizar una profunda inmersión en la obra de William Faulkner; así lo demuestra la escritura de sus dos primeras novelas, *Mal de piedra* y *Minas del retorno*, dos novelas ostensiblemente faulknerianas. La primera fue premiada precisamente en 1979, por *El Nacional*, y la segunda se publicó en 1981.

A Carlos lo vi unas cuantas veces en el norte de nuestro país y una o dos veces en el Distrito Federal. Yo escribía sobre sus libros y él conocía mi trabajo. En el pasado mes de enero llamó para pedirme un texto para la enciclopedia *Cosmos*, que coordina Carlos Herrero para la UAM con el apoyo del CONACYT y del Gobierno del Distrito Federal. “Es un texto de divulgación y es urgente, me dijo. Tienes solamente el mes de febrero para entregarlo”. El último día de febrero me levanté para dar una última lectura al trabajo antes de enviarlo por correo electrónico. Era domingo y en las notas de Internet ya se anunciaba la muerte de Carlos. Pasé la mañana pensando y hojeando libros, comí con unos jaiboles y finalmente decidí ir a despedirme de Montemayor en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua. No pudo ya pasarme un brazo por la espalda, porque estaba en un banco, en una pequeña urna blanca, junto a una gladiola que era blanca también. **U**



Carlos Montemayor